

VII

Salvación de un cargamento de armas. Triunfo en Santa María Reu.

1859-1860

IBAN corriendo los últimos días del proceloso año de 1859. Aun estaba en Tehuantepec el luchador, al frente de sus valientes, y teniendo por auxiliares á los que había sabido conquistarse.

La bala que le desgarrara en el hecho de armas de Ixcapa, anidada en sus carnes, todavía dañaba su organismo; y como un notable cirujano que llegara por acaso á la localidad, se ofreciera á hacerle una operación para extraerle el proyectil, á fin de curar radicalmente la vieja herida, se prestó á ello, y la bala fué extraída por los días á que hacemos referencia.

El mismo en que la operación tuviera efecto, apenas puesta la curación en las cortaduras sangrantes, recibe apremiantísimas órdenes del Gobierno general, que, como hemos dicho, residía en Veracruz, para ir á conducir á toda costa y á todo riesgo, á salvo, un cargamento de guerra, que estando para desembarcar en Minatitlán, debía ser llevado al puerto de Ventosa, consistente tal convoy en ocho mil fusiles, algunas carabinas y sables, la dotación de guerra y municiones labradas, ochocientos cuñetes de pólvora y cien lingotes de plomo; consignado todo ello al general D. Juan Álvarez, que residía y sostenía la lucha en el Estado de Guerrero, con carácter de gobernador y comandante militar.

Un día de detención podría determinar la pérdida del cargamento, que llegaba ya á lugares á donde el enemigo, sabedor del caso, se dirigía diligente. El tiempo corría veloz, y la operación quirúrgica á que hemos aludido, no fué obstáculo para que el teniente coronel Díaz se demorase: ágil montó sobre el corcel, y en marcha á cumplir con la consigna.

La enfermedad y el dolor se borraban en la ecuación del tiempo y de las fatigas que el servicio apremiante demandaba.

¡A caballo y en marcha!

Veamos cómo describe ésta el mismo general Díaz:

«El gobierno reaccionario tuvo noticia del envío de esas armas, y mandó fuerzas de Orizaba y Córdoba al mando del coronel D. Juan Argüelles, con orden de interceptarlas. Los sublevados de Tehuantepec se movieron también con el propósito de asaltar el convoy. Tuve noticia de esos acontecimientos, y una vez que llegué al río de la Puerta, me alarmé al ver que en aquellas vías fluviales,

únicas para poder llegar á Minatitlán, á la sazón no se encontraba más que una pequeña canoa. Resolví dejar allí mis fuerzas, á las órdenes de los capitanes Juan Omaña é Ignacio Castañeda, y entré en la canoa acompañado del teniente coronel Pedro Gallegos y de nuestros dos asistentes, sin ningún boga, y sin que ninguno de nosotros supiera remar. Llevados por la corriente del río de la Puerta, que es impetuoso, evadiendo las rocas para no estrellarnos en ellas, llegamos al río de Coatzacoalcos, y después de muchas dificultades y de habernos destrozado las manos haciendo el trabajo de bogas novicios, arribamos al fin á Suchil, donde por fortuna estaba un americano, Mr. Wolf, capitán de un vapor, que, como nosotros, tenía necesidad de ir á Minatitlán.

»Nos sirvió de patrón, y nosotros, por él adiestrados, seguimos nuestro nuevo oficio de bogas. Tras duras fatigas pudimos llegar á Minatitlán, en los momentos que la columna enemiga, procedente de Orizaba, pernoctaba á diez leguas de aquella ciudad, y la goleta que conducía las municiones y pólvora se veía por nosotros al frente, fondeada á medio río.»

Como se comprende por lo inserto, ni habría podido ser más oportuna la llegada, ni tampoco más peligrosa, cuando se efectuaba sin tropa por falta de transportes; pero siempre en las grandes crisis, la caliente ola de sangre del batallador, al elevarse al cerebro, como reacción valiente contra el destino, produce luminosa inspiración salvadora.

Un vapor llamado el «Habana» traía otra parte del cargamento, y se esperaba para el siguiente día y no antes. Había, pues, que esperar veinticuatro horas angustiosas, á distancia de una jornada del enemigo y sin soldados para luchar con él.

¡Pero el convoy no se perdería! El teniente coronel Díaz, lo primero que hace al comprender la situación, en el instante de su llegada, es pedir á las autoridades del lugar, alojamientos y víveres para la fuerza que dijo venía á su retaguardia, en quince canoas; y los aprestos para atender el pedido del jefe se hicieron bien notables, y se propagó la especie del arribo de una numerosa fuerza, si había de juzgarse de ella por las raciones que se exigían para atenderla.

¿Y cómo no había de ser verosímil el ardid, cuando lo que menos podría creerse era que un jefe aislado, con tres acompañantes, fuera á recibir y custodiar un importante convoy, sobre el que avanzaban fuerzas enemigas que ya estaban cercanas?

Como quiera que sea, la especie de que tropas liberales, con el teniente coronel Díaz á la cabeza, llegaban á Minatitlán, corrió por todas partes, y los conservadores no se acercaron al lugar donde el codiciado cargamento de armas y municiones no tenía más guardián que aquel jefe, que, olvidando su enfermedad, agravada por las fatigas, bajo el sol quemante de la costa, se ocupó en conseguir un vapor de río, el «Suchil», para ejecutar sin pérdida de minutos el transbordo á él del cargamento de la goleta que se hallaba al frente.

Sigamos al general Díaz. Dice al respecto enunciado, en su Autobiografía:

«Sostuve toda la noche, y parte del día siguiente, la falsa situación, mientras duró el transbordo de la goleta al «Suchil», vapor de poco calado y que podía subir el río, y el cual en esos momentos (á poco de la llegada) me prestó la Compañía Louissiana de Tehuantepec. Con él hice mi primer viaje con carga, volviendo al lugar que antes toqué, llamado también Suchil, y de donde el vapor expresado tomaba el nombre. Por mi orden habían llegado ya á tal punto mis soldados, abriéndose paso á machete entre los bejucales y vadeando pantanos de la ribera. Arribé, pues, allí; puse tropa á bordo y regresé en aptitud de combatir á Minatitlán, en donde cargué de nuevo la embarcación única de que disponía, haciendo el transbordo del vapor «Habana», que terminé tranquilo para ejecu-

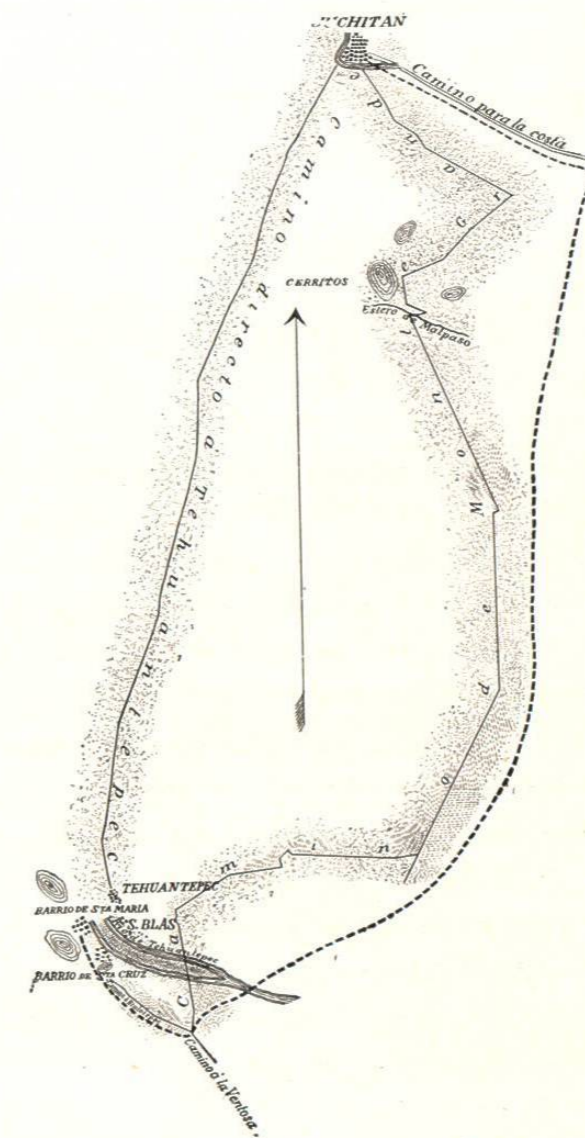
tar un nuevo viaje. De este modo quedó burlado el amenazante golpe intentado por la fuerza que se moviera de Orizaba.

»Había mandado preparar, y hallé preparadas efectivamente, mil mulas procedentes de San Juan Guichicovi y otros pueblos de *migs* pertenecientes al Departamento de Tehuantepec, y que eran amigos míos; pero las mulas de los indios no tienen aparejos, sino dos rollos de zacate que les ponen en el lomo, según su costumbre, para conducir sus pequeños fardos, lo cual hacía difícil cargarlas con grandes cajas de veinte fusiles. Entonces, con madera y clavos facilitados por la Compañía Louissiana que antes menciono, y con tablas y cepos de las cajas grandes, haciendo uso de los carpinteros que había entre mis soldados, me puse á formar nuevos empaques de diez fusiles.

»Emprendí, por fin, la marcha con el convoy del Suchil á Tehuantepec, verificando jornadas muy cortas, por los tiroteos que sostenía diariamente con el enemigo y las precauciones que era necesario tomar en tan penoso viaje, hasta llegar al llano de Saravía, en donde ya las autoridades juchitecas me habían situado más de doscientas carretas tiradas por bueyes, que hacían más cómodo el transporte y más defendible el convoy. Por otra parte, la Compañía Louissiana me había facilitado veinte de sus guayines, que aproveché como carros. Así llegué sin novedad á Tehuantepec, para proseguir como me fuera posible después al puerto de Ventosa, á donde había mandado avanzar una comisión que me diera aviso inmediato de la llegada del buque en que el cargamento tenía que ser remitido al general Álvarez y cuyo buque habíase anunciado.»

El ganado de los transportes conseguidos por el teniente coronel Díaz, no debía ser detenido de modo indefinido, en espera de la embarcación en referencia, ni era cuerdo exigir á sus dueños grandes sacrificios. Por tal manera aquellos elementos de transporte fueron devueltos por el jefe de la expedición, una vez que llegó á la cabecera del Departamento, á donde, juzgando razonadamente á salvo el convoy motivo de sus afanes, podía con tiempo tomar nuevas disposiciones para proseguir con él hasta su final destino. Mas la fatalidad de los sucesos vino á poner obstáculos en el desarrollo de lo proyectado.

Mientras el teniente coronel Díaz había ejecutado con tanto denuedo la peligrosa operación que acabamos de relatar, graves acontecimientos de trascendencia tuvieron lugar en la capital de Oaxaca y en la frontera del vecino Estado de Puebla, que cambiaban los derroteros de la batallosa brega sostenida por liberales y conservadores.



MARCHA ESTRATÉGICA SOBRE EL ENEMIGO
Á SANTA MARÍA REU

1020002993

Disensiones entre jefes militares y caudillos civiles dificultaban á los oaxaqueños la rápida organización de una brigada, que las circunstancias exigían imperiosamente, para ampliar la esfera de acción del gobierno del señor Juárez; y observado esto por él, se vió en el caso de mandar un extraño á Oaxaca para que procediese al alistamiento de la anhelada brigada, la cual debía destinarse á la mesa central de la República para abrir campaña.

El general Iniestra fué el escogido para la comisión dicha, y bien pronto, puesto que se contaba con los elementos componentes necesarios, pudo avanzar rumbo á Tehuacán, á la cabeza de mil hombres en buena moral, bien armados y municionados; mas quejas en su contra determinaron al gobierno general á substituirlo en el mando, sobre la marcha, con el coronel Ignacio Mejía, quien desde Tecomavaca prosiguió al frente de la columna hacia el punto á que la expedición se dirigía.

Llegó á Tehuacán el citado jefe con sus fuerzas, bajo el concepto de que á la vez lo harían tropas de los generales Alarista y Carvajal, que con las de Oaxaca estaban combinadas, para juntas emprender serias operaciones que demandaban efectivos competentes; y como tales elementos no concurrían y el enemigo, superior en número, amenazaba, se retiró á Teotitlán, en donde fué derrotado por completo por las tropas reaccionarias, mandadas por el general Vicente Miñón y el ya por entonces también general José María Cobos, quien por segunda vez, sin tener que vencer grandes obstáculos, ocupó la ciudad de Oaxaca y mandó sobre Tehuantepec una columna á las órdenes del general Alarcón.

El gobierno liberal del Estado se retiró á la sierra de Ixtlán.

El general Díaz, por lo que á él toca, manifiesta en su Autobiografía, al respecto dicho, lo siguiente:

«Yo ignoraba por completo lo que había pasado en el interior del Estado y sus fronteras; y de improviso, sin antecedentes, cuando apenas volvía de Minatitlán, fui sorprendido con la noticia de que el general Alarcón, con una fuerza procedente de Oaxaca, había pernoctado en Jalapa y pedía cuarteles en la Mixtequilla, distante dos leguas de Tehuantepec; y de que el coronel Eustaquio Manzano, jefe de las fuerzas procedentes de Pochutla, sublevadas contra el Gobierno, unido á Ignacio Ojeda y Manuel Santibáñez, que mandaban á los tehuantepecanos sublevados, llegaba á la hacienda de Zuleta, distante cinco leguas al Sur de Tehuantepec.

»Estaba indicada mi marcha defensiva hacia Juchitán, pero no podía improvisar medios de transporte para el armamento que tenía, porque no había en la ciudad de Tehuantepec sino cincuenta ó sesenta carretas. Pedí por extraordinario á Juchitán todas las disponibles y fuerzas que me ayudaran á defender el convoy, y mientras llegaba lo pedido, comencé á acarrear dicho convoy con los pocos elementos con que contaba hasta el barrio amigo de San Blas, en los suburbios de Tehuantepec, y en camino para Juchitán, y establecí allí mi campamento en previsión de lo que pudiera ocurrir.

»Al día siguiente recibí un auxilio de cerca de doscientas carretas, con las cuales llevé inmediatamente mi convoy hasta Juchitán. Respiré al considerarlo seguro.»

Por segunda vez salvaba el teniente coronel Díaz el preciosísimo cargamento que se había confiado á su cuidado; pero jefe valeroso, de poderosa iniciativa, con enemigo al frente, y sintiendo el deseo irresistible de lanzarse á él, combina un plan de ataque, cuando le faltaban hasta soldados para dar competente guardia á su convoy. Siempre el genio fué creador y siempre se muestra en la hora de las crisis más funestas, y produce donde los demás sólo hallan estéril desolación.

Faltaban soldados para la seguridad del armamento, y entonces levanta activo, activísimo, un batallón de juchitecos, al que da el nombre de batallón Independencia, y lo pone á las órdenes del teniente coronel Pedro Gallegos; organiza otra fuerza de hombres de cierta edad, que no estaban del todo expeditos para hacer rápidas marchas, y confía á ellos la guardia del convoy, el cual ingeniosamente oculta en lo más espeso de un vecino monte, haciendo allí una tala y cubriendo con la arboleda caída el rastro de la entrada.

Y cuando así dispone las cosas, se arroja á sorprender al enemigo, que, más fuerte por el número, no podía suponer un ataque de su débil contrario, que se había retirado á su aproximación, y se dirige á él por donde menos podía esperarlo, corriendo á tomar su retaguardia en medio de la noche.

La fuerza conservadora, con río de por medio hacia Tehuantepec, con avanzadas á su frente, con exploraciones hasta cerca de Juchitán, se creía segura, sin contar con la genial actividad y audacia del jefe que tenía á su frente.

Éste, en la Autobiografía que copiamos, dice, explicando con sencillez aquellos hechos y circunstancias:

«El enemigo no ocupó á Tehuantepec, al tener noticia de mi retirada, porque se decía que yo había minado el convento, lo cual era verosímil, pues se sabía que podía disponer de gran cantidad de pólvora; y mientras practicó con fuerzas de vanguardia los reconocimientos respectivos sobre mis posiciones ya abandonadas, permaneció con el grueso de la columna en los barrios de Santa María Reu y Santa María Tagolaba. Yo creo que también tuvo en cuenta, para no acuartelarse en la ciudad, la ventaja de dejar el río interpuesto entre él y nosotros, pues de otro modo habría quedado á su retaguardia ese río.»

Después, cuando había preparado en Juchitán sus elementos para emprender el asalto, dice el general Díaz:

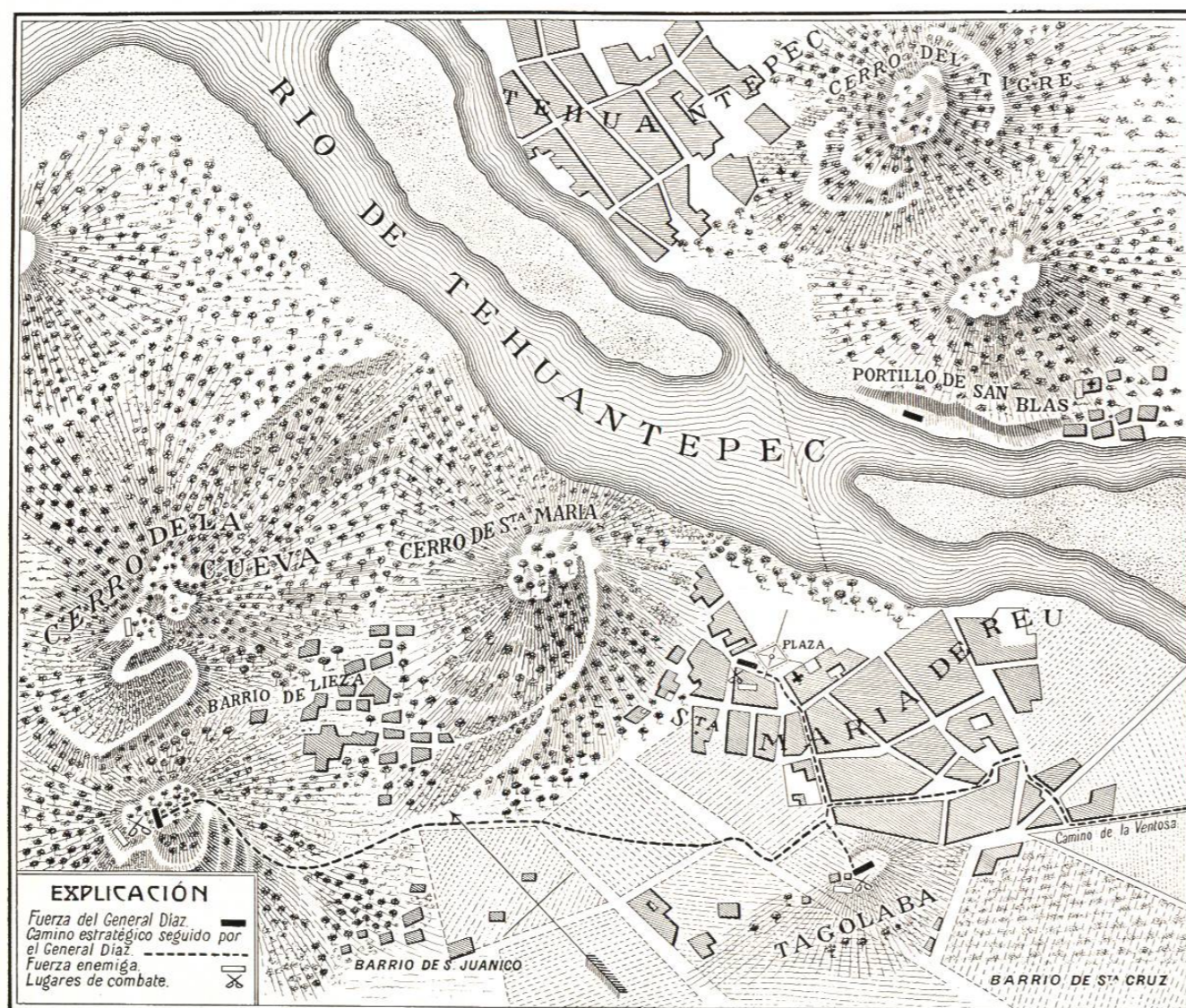
«..... Estando en el campo inmediato á la población, á donde aparentemente salí con toda la fuerza á dar instrucción, emprendí de improviso la marcha hacia el puerto de Ventosa, por el camino llamado del Monte-Grande, por donde podía llegar á Tehuantepec sin descubrir mi dirección ni mi intención ni á mi propia tropa, aunque teniendo que hacer mucho rodeo al efecto.

»Marché en la dirección indicada hasta cortar el camino que conduce de Tehuantepec á Ventosa, y por él proseguí hacia aquella ciudad. El río, que estaba crecido, dificultaba al enemigo el paso á la misma; y para llamar fuertemente su atención, á fin de que no pudiera sentir la maniobra que yo ejecutaba por su retaguardia, había situado á su frente, un poco al flanco, río de por medio, en un lugar que se llama Portillo de San Blas, una fuerza de *sablaseños*, que lo tiroteara durante la noche, víspera del asalto que yo tenía en proyecto, no obstante que su fuerza de vanguardia podía cortar á esos tiradores.

»En la madrugada del 25 de Noviembre de 1859 llegué ante la primera avanzada contraria, establecida en el camino para la Ventosa. Cuando de lejos descubrí su fogata, dejé mi caballo en el camino con la columna, y acompañado de algunos oficiales notables por su audacia, me interné á pie y sigilosamente por un sembrado de maíz que nos cubría bien, hasta llegar á donde estaban los hombres que formaban el puesto de vigilancia, á quienes sorprendimos por completo, sin disparar un solo tiro y sin que se pusiera á salvo ninguno de los que lo componían. Así era necesario, pues si alguno hubiera escapado, ó si hubiera héchose un disparo, no habría sido posible el buen éxito en el

asalto sobre tropas más fuertes en número, y á las que había que dominar por medio de una sorpresa á fondo.

»Estaba tan confiado el enemigo de que, en caso de atacarle, vendríamos por el camino directo de Juchitán á Tehuantepec, que tenía en él una avanzada con una fuerte patrulla de caballería, á más de tres leguas de Tehuantepec; es decir, que su avanzada se encontraba más cerca de Juchitán que de aquel punto, pues llegaba hasta la laguna de las Ciruelas, que le servía de defensa.



SORPRESA EN SANTA MARÍA REU

»Por lo que toca á la situación de sus fuerzas, el núcleo principal de su infantería estaba en una casa situada frente á la plaza del barrio de Santa María Reu; otra fuerza considerable ocupaba el cerro inmediato de la Cueva, y otra el de Tagolaba, en el barrio de ese nombre.

»Formé una columna que debía atacar el cerro de Tagolaba á las órdenes del capitán D. Francisco Cortés; otra que atacara el cerro de la Cueva, al mando del teniente coronel Gallegos, y me quedé con fuerza suficiente para atacar personalmente el cuartel de la plaza de Santa María. Las columnas asaltantes de los cerros de la Cueva y Tagolaba debían moverse cuando oyeran los primeros tiros de mi columna, que habría de ejecutar el asalto al toque reglamentario de diana que dieran las bandas del enemigo. Situé mi columna sigilosamente, prevalido de las tinieblas, á pocos metros de la

plaza, y moví las otras dos á sus respectivos destinos, para que quedasen en espera de la señal convenida.

»Al amanecer se oyó el toque de llamada de banda; y cuando ésta formaba frente á la puerta del citado cuartel y comenzó á tocar la diana, avancé con mi columna rápidamente por una de las bocacalles que parten de la plaza, y entré al cuartel antes de que dicha banda pudiera replegarse y dar aviso de lo que ocurría en el exterior. La sorpresa fué tan completa, que tropezamos al hacer nuestro paso con los cuerpos de los hombres de la guardia, acostados aún en el zaguán, y de la misma manera sorprendimos en seguida á las compañías en las cuadras. Después de un fuego que no duraría media hora, el cuartel era mío, y pude proteger á la columna del capitán Cortés, que descendía ya del cerro, por haber sido herido su jefe, y mandé proteger también al teniente coronel Gallegos, que consumaba la ocupación del cerro de la Cueva.

»Ocupadas así todas las posiciones, y cuando me parecía que ya no había con quién combatir, llegó el coronel Trujeque, que había salido del acantonamiento con su cuerpo de caballería á hacer un reconocimiento hacia Juchitán; oyó el ruido de la refriega, y como no sabía lo que pasaba, corrió á los puntos donde antes dejó fuerza amiga y así se ve frente á nosotros, que lo recibimos con vivísimos fuegos, haciéndole volver caras á toda rienda, rumbo á Oaxaca, sin que pudiera ser perseguido sino en corta distancia, porque en nuestras fuerzas no había ninguna tropa montada.

»El enemigo quedó completamente derrotado, sin embargo de que su fuerza era de más de seiscientos hombres, y la que me sirvió para atacarlo apenas llegaba á trescientos setenta, incluyendo la de San Blas, que lo tiroteó durante la noche y que, al formalizarse el asalto, bravamente pasó el río y tomó parte en él.

»Después de esa victoria, en los guayines de la Compañía Louissiana conduje á los heridos á Juchitán, por no haber en Tehuantepec elementos para curarlos, pues la ciudad estaba casi desierta.»

No podía ser más modesta la descripción de semejante victoria.

Había que dominar al enemigo, más numeroso,—ha dicho antes el protagonista,—por medio de un asalto por sorpresa y á fondo.

Y así efectuó en Santa María Reu y Tagolaba su asalto: *por sorpresa y á fondo*; sorpresa, para la que engañó á su propia tropa en la marcha estratégica de preparación; sorpresa para la que, personalmente, desafiando al azar, aprisionó, acompañado de unos oficiales, en el silencio y entre las tinieblas de la noche, al puesto avanzado del enemigo; para la que llamó la atención por lugar opuesto al del asalto con unos valientes guerrilleros, que, río de por medio, tirotearon el campo adverso, casi envueltos entre las mallas de las fuerzas de la vanguardia contraria; sorpresa para la que, tan sereno como audaz, dispuso, á pocos metros del grueso de tropas que le servía de objetivo, oyendo hasta el pasear de sus centinelas, la formación de sus tres columnas de ataque, mandando ejecutar calculadamente las marchas tácticas de ellas. Y asalto *á fondo*, una vez preparada la sorpresa, para el que, como triple espada flamígera, á la señal convenida, cada columna avanzó, entró hiriendo al arma blanca y con sus fuegos hasta las entrañas del gigante sorprendido, que se dió cuenta del ataque cuando estaba desgarrado, sangriento y vencido sobre el campo.

Tal fué el inspirado y brillante triunfo alcanzado por el perseguido antes y puesto en retirada, teniente coronel Porfirio Díaz.

Ese distinguido hecho de armas le valió el ascenso á coronel de guardia nacional de Oaxaca.

Dos ó tres días después del combate, como si el destino, vencido por el denuedo del hombre

que se hallaba al frente de la antes sombría situación del istmo de Tehuantepec; dos ó tres días después, como para no estorbar sus operaciones apremiantes y de vida ó de muerte, y como para que tuviesen tiempo de descansar de la tremenda brega los luchadores; dos ó tres días después del combate, se recibió aviso de la comisión establecida al efecto en el puerto de Ventosa, de que el buque que debía transportar el armamento al general Álvarez se hallaba ya á la vista.

«Entonces,—dice el general Díaz, en lo que de él copiamos,—mandé reunir el número de carretas que se necesitaba para transportarlo, y componer el camino que conduce de Juchitán á Ventosa por la playa, pasando por la hacienda del Zapotal, y marché para el puerto, en donde embarqué todo el armamento á cargo de D. José María Romero, hermano del estadista D. Matías del propio apellido.»

Tal armamento llegó con felicidad al punto de su consignación, después de haber corrido los peligros que hemos reseñado, y provocado, por parte del joven Díaz, rasgos de abnegación y de heroísmo.

Dejando las impresiones vivas que produce la admiración, el ya coronel Díaz se alejaba al fin de aquella ardiente tierra de Tehuantepec, removida por todas partes con el rastro que marcaran sus esforzadas y gloriosas bregas, las que iluminó fantástico, con sus colores de fuego, el cielo llamante del Istmo.

A otra parte lo llamaban los destinos de la guerra.



VIII

Combates de Mitla, Santo Domingo, Oaxaca é Ixtepeji.

1860

APENAS regresa Porfirio Díaz á Juchitán, atendiendo á instrucciones que recibiera, se ocupa de organizar una columna con que debía concurrir al ataque de la plaza de Oaxaca.

Sobre el particular dice en su Autobiografía:

«Aumenté, instruí y uniformé al batallón Independencia tanto como era posible en pocos días, y recibí del gobernador de Chiapas, por orden del señor Juárez, que aun permanecía en Veracruz, una fuerza como de setenta hombres, mandada por el coronel D. Nicolás Ruiz y el teniente coronel don José María Vela, que agregué á los restos de las compañías de cazadores y granaderos de mi cuerpo, que á esa fecha apenas sumaban entre ambas un total de cien hombres.

»Salí de Tehuantepec con dirección á Oaxaca el 5 de Enero de 1860, siguiendo el camino nacional hasta San Carlos Yautepec, distante como 35 leguas de Oaxaca, y de allí marché hacia la derecha del camino por la cañada de Narro, hasta San Lorenzo Alvarradas, para evitar que el enemigo tuviera noticia de mi movimiento y para acercarme más á las fuerzas del gobierno del Estado, que debían venir á Tlacolula á proteger mi marcha y á fin de reunirnos allí. El 20 de Enero pernocté en el monte, cerca del pueblo de San Lorenzo Alvarradas.

»Al día siguiente, cuando emprendía mi marcha para Tlacolula, noté algunos síntomas de insubordinación entre los juchitecos, en quienes la volubilidad de carácter se imponía, y á pocos momentos, el teniente coronel Cosme Damián Gómez, que por enfermedad del teniente coronel Pedro Gallejos mandaba ese batallón, me dijo que los juchitecos habían cumplido con acompañarme hasta cerca de Oaxaca, que era su objeto; que ya no tenía yo peligro, que no querían alejarse más de su pueblo, y que se proponían regresar á Juchitán. Como esto constituía una rebelión al frente del enemigo, formé las compañías de mi batallón ante los insurrectos, mandé á éstos terciar armas, y como quedaran impasibles, parecióme de pronto prudente no generalizar la cuestión de hechos dándole carácter colectivo; y así, para buscar la restricción indirectamente, individualizándola, me dirigí al sargento que cerraba el costado derecho y que se hallaba á mí más cercano, é imponiéndomele con violencia, espada en mano, lo mandé entrar á las filas que había dejado y terciar el arma. Obedeció mi orden, y entonces repetí la voz de mando á toda la fuerza, que la atendió uniforme. La consideración de que estaba con el enemigo casi á la vista, así como la no menos atendible de que